

EL CONCIERTO – Marco Oliver

El concierto de nuestro grupo, aquel lejano 15 de agosto, en el Casino Recreativo y Cultural de Puerto Sagunto, había sido un éxito. Los jardines estaban llenos de gente joven que inundaba de aplausos el ambiente cálido entre canción y canción.

Antes de nuestra actuación habíamos repartido unas fotografías de promoción de nuestro grupo, y tras el concierto muchas jóvenes se acercaron hasta la mesa que nos habían preparado cerca del camerino, para que les firmáramos unos autógrafos.

Después de haber firmado más de veinte sin demasiado entusiasmo, una joven morena, de ojos azules, con una voz suave, se acercó hasta donde yo estaba y, casi susurrando, me dijo:

—¡Hola! ¿Me puedes firmar la fotografía? Sólo me faltas tú —y en el tono de estas últimas cuatro palabras me pareció intuir un cierto matiz de imploración, casi de plegaria.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Susana —dijo.

Creo que fue la primera vez en toda la noche que levanté la vista. Aquellos ojos azules paralizaron mi mirada y su radiación llegó a mi interior como si fuera un arroyo indómito. Le firmé la fotografía, y también por primera vez en toda la noche creo que sonreí.

—Gracias —me dijo, y se marchó, dejándome como únicas prendas su sonrisa y el recuerdo de sus luminosos ojos.

Todavía tuvimos que firmar quince o veinte fotografías más, pero mi pensamiento estaba ausente, concentrado sólo en aquellos labios sonrosados, en aquella sonrisa espontánea y —¿cómo no?— en aquellos ojos. Decir que eran como el mar se me antoja demasiado cursi. Decir que la espuma de las olas salpicaba su iris, todavía lo es mucho más; pero para mí ya no existía más mar que su mirada.

Cuando acabamos de firmar autógrafos, dejé a mis compañeros cerca del camerino hablando con algunas chicas y salí a los jardines de aquel Casino Recreativo que cada año llevaba a Puerto de Sagunto, durante las fiestas, a los mejores cantantes y grupos musicales del momento.

La gente bailaba al compás de los acordes que marcaba el grupo que iba detrás de nosotros. Me perdí entre aquellos cuerpos sudorosos y alegres, llegué hasta cerca del escenario, bucéé entre las parejas que había en la pista de baile, esquivé las palmeras

frondosas, sorteé las mesas metálicas y fui hasta la barra. Busqué con la mirada por los rincones más insólitos que ofrecían aquellos espléndidos jardines, pero no fui capaz de ver por ninguna parte a aquella joven morena que me había perturbado. Quería acariciar su piel bronceada, saborear sus labios y perderme en el azul infinito de sus ojos.

«¡Susana!». «¡Susana!». «¡Susana!». ¿Dónde estás? —gritó mi pensamiento abatido.

Pedí una tónica en la barra que había en el extremo opuesto al escenario y, mientras me la bebía, mi vista seguía buscando alocada el rostro de Susana entre todos los rostros que llenaban aquel local extraordinario.

Perdida la ilusión de encontrarla, volví al camerino, donde mis compañeros ya estaban reclamando mi presencia para recoger nuestros instrumentos y marcharnos.

Las luces se fueron apagando. La gente empezó a desfilar hacia la puerta de salida cuando los últimos acordes del conjunto, que cerraba la noche, se fueron extinguiendo. Todavía mi vista, desde la terraza elevada, en un acto desesperado e inútil, buscaba y buscaba a Susana entre la muchedumbre alegre que abandonaba El Casino. Eran unos momentos de incertidumbre y desasosiego para mí, pero también de esperanza. Sin embargo no la vi y mi esperanza se hundió aquella noche.

Recogimos todo el instrumental, lo dejamos ordenado en la furgoneta que llevábamos y nos marchamos a Valencia.

Era la primera vez que había estado en Puerto de Sagunto, pero a partir de entonces El Puerto se convirtió en una obsesión para mí. Volví un día, y otro. Me pateé sus calles con sabor cosmopolita, su playa de arena fina y aguas cálidas, su alameda, donde los jóvenes paseaban todos los días hasta las diez de la noche, cuando la sirena estridente de la fábrica, anunciaba el cambio de turno y todos debían regresar a sus casas, y recorrí palmo a palmo El Casino, que en los días de fiesta tenía para mí sabor a nostalgia; pero parecía que en la tierra se hubiese abierto una sima y se hubiese tragado a Susana.

Han pasado más de cuarenta años desde entonces, las cosas han cambiado, nuestro grupo se deshizo tres años después de aquella actuación y hace dos que nos volvimos a juntar, aunque ya no somos aquellos veinteañeros de melenas color castaño, que arrancaban a sus guitarras gritos británicos imitando a los Beatles. Ahora las canas o la calvicie son lo único que adorna nuestras cabezas, pero la música siempre ha estado presente en nosotros, ofreciéndonos su ritmo y su añoranza, y, aunque de una forma más tranquila que en

aquella desenfrenada década de los setenta, hemos empezado a tocar en algunos escenarios cercanos a Valencia.

Esta noche tenemos una actuación en el Casino Recreativo y Cultural de Puerto Sagunto. Vamos a volver de nuevo a sus jardines, y al lugar, cerca del camerino, donde aquellos ojos azules de Susana, que nunca olvidé, se clavaron en mis pupilas y derritieron la fortaleza que siempre aparenté; y no espero encontrarme con ellos de nuevo, pero, sin embargo, creo en los milagros, y he afinado mi guitarra nueva y mi voz con mucho esmero y mucha ilusión. Creo que el momento se lo merece. Sigo siendo tan cursi como entonces, y aunque piense que aquellos ojos ya no reflejarán la espuma de las olas, para mí, sin embargo, nunca existirá más mar que su mirada.